

culturales y picarescas, que cabe atribuir a un Valle-Inclán dedicado a una «novela por entregas».

En definitiva, y este sería el punto de confluencia de las dos direcciones apuntadas, «La cara de Dios», originalmente un sainete, enclavada luego en el mundo de la novela por entregas, nos remitiría a una galería de muertos de hambre, de pícaros sordidos o remilgados, en los que cabría ver el antecedente de «Luces de bohemia», impregnada, por lo demás, de acentos costumbristas. Cada cual se las arregla como puede para sacar unas pesetas. ¿Acaso sería una sorpresa descubrir nuevas «colaboraciones» en la novela de Vallé? ¿No llegaron él, Baroja, Maeztu y Bargiela a proponerle a un editor la publicación de un folletín que se titularía «Los misterios del Transvaal»?

Este estudio de Zamora Vicente breve, pero escrito con la pasión y el rigor de quien ha encontrado en «La cara de Dios» un nuevo estímulo para transitar por un mundo que conoce. Es el mundo del 98, a la hora en que lloraba la patriotería y Baroja escribía folletines de la realidad española; folletines que iban a ser la novela exacta del momento.

Inútil afrontar «La cara de Dios» desde la imagen «egregia» de don Ramón. Hay que verla desde el Madrid del 900 para mejor entender, de añadidura, el Valle de aquellos años. ■ JOSE MONLEON.

La rehabilitación del chimpancé

Si el estudio del comportamiento de cualquier animal resulta apasionante, ninguno puede compararse con la tremenda fascinación

e interés que despierta —tanto en el científico como en el simple lector de las narraciones de aquél— la etología de primates, exceptuando quizá a los cetáceos (singularmente los delfines). Estudiar artículos ya clásicos, como el de Harlow (1), sobre las relaciones maternofiliales en los monos rhesus o los de Kawamura e Itani (2), sobre la transmisión «subcultural» en los macacos japoneses, es una experiencia inolvidable, que obliga a meditar por sus indudables relaciones con el comportamiento humano.

Pero el interés llega al máximo cuando el primate estudiado es un mono antropomorfo (*), nuestros más próximos parientes evolutivos.

(1) HARLOW, HARRY F.: «Love in infant monkeys». Scientific American, junio 1959.
(2) KAWAMURA, S.: «Subculture propagation among Japanese macaques». J. Primat., 2, 43-54.

ITANI, J.: «Sobre la adquisición y propagación de un nuevo hábito alimenticio en una manada de macacos japoneses en Takasakiyama». Primates, 1, 84-98.

(*) Pertenecientes a las familias Hílobátidos y Póngidos que se agrupan en la superfamilia Homínidos con una tercera familia —Homínidos— a la que pertenecen el hombre y sus antecesores.

Cuanto más se profundiza en el estudio del psiquismo de estos simios, resulta más claro que el abismo que la egolatría y la vanidad del hombre habían interpuesto entre él mismo y el resto del mundo animal se va achicando y comienza a transformarse tan sólo en una zanja. Por supuesto que esta semejanza no debe malinterpretarse, los monos antropomorfos no están —según las más modernas concepciones filogenéticas— en la línea directa del desarrollo humano; contrariamente representan formas terminales de otra rama, con la que sólo tenemos algún antecesor cercano común, y, por tanto, no existe una total homología —a escala reducida— del comportamiento humano, dándose gran número de diferencias. La gradación de pasos intermedios sólo podría observarse si aún viviesen los antecesores de los monos antropomorfos y del hombre actuales hasta ese ancestro común. A pesar de todo, la profundización en el estudio del comportamiento de los mo-

nos superiores ayudará extraordinariamente al conocimiento objetivo del comportamiento humano.

De esta forma, sumergirse en las páginas del libro de Jane van Lawick-Goodall sobre su largo estudio del comportamiento de los chimpancés salvajes (3), recientemente vertido al castellano, constituye un apasionante ejercicio intelectual, como en su día lo fue también la lectura del extraordinario estudio de Schaller sobre el gorila (4). En él, la doctora Van Lawick-Goodall cuenta sus descubrimientos y la forma en que llegó a ellos, no en el lenguaje árido, propio de las comunicaciones científicas, sino relatando su vida y experiencias en la selva de Gombe, lo que hace al libro muy asequible a todo tipo de lectores y no tan sólo a los iniciados en etología, aunque éstos encontrarán un sin-

(3) VAN LAWICK-GOODALL, JANE: «Mis amigos los chimpancés». Ed. Noguer. Barcelona, 1973.

(4) SCHALLER, G. B.: «The year of the Gorilla». Chicago University Press, 1964 (traducido al castellano en Fondo de Cultura Económica).

número de datos interesantes, que además son esquematizados en las últimas páginas mediante una serie de valiosos apéndices (expresiones faciales y gritos, dieta, armas y herramientas, etcétera).

Todo el libro —si exceptuamos unas cortas y dudosas consideraciones pseudometafísicas que la doctora se permite para insistir en las diferencias entre hombres y chimpancés— resulta de un gran interés, y cualquiera de los múltiples aspectos comportamentales tratados constituye un tema digno de pausada consideración. Pero, sin duda, los que despiertan una mayor fascinación, y serán un motivo de sorpresa para el lector que desconozca estos temas, son los hábitos cazadores de los chimpancés y la utilización y fabricación de instrumentos y armas con diversos fines. Y es que, como lo supo captar el eminente antropólogo L. S. B. Leakey, promotor de los estudios de la doctora Van Lawick-Goodall, y otros similares, el conocer profundamente a los mo-

nos antropomorfos ayudará de forma insustituible a aclarar los procesos que dieron origen al hombre, ya que al no sobrevivir ninguno no podemos estudiar a nuestros antecesores inmediatos, y hace tiempo que etnólogos geniales, como Lévi-Strauss, disiparon la falsa concepción de que los pueblos primitivos se encuentran en una suerte de infancia filogenética, falsa concepción, que por otra parte venía al pelo para justificar el destructivo paternalismo «civilizador» de los países tecnológicamente avanzados que se autoclean a la categoría de únicos adultos culturales.

Del estudio que relata el libro comentado se desprende que los chimpancés, los más próximos parientes vivos del hombre (de acuerdo con los resultados de ensayos seroimmunológicos), poseen un nivel intelectual mucho más elevado de lo que se sospechaba, e incluso de lo que es —para muchos— cómo reconocer. Por supuesto, este nuevo y más justo enfoque de los monos superiores no es un caso aislado, sino que todos los estudios de su comportamiento apuntan en la misma dirección, como es el caso del importantísimo trabajo de Allen y Gardner (5), que demuestra cómo los chimpancés, de una forma que aún no sabemos delimitar con certeza, tienen conciencia de su propio «yo». Todo este conjunto de conocimientos obliga a la búsqueda de una nueva definición de hombre, que ya no es el único animal constructor de instrumentos y que sabe quién es, si bien es cierto que en ambas actividades se muestra más adelantado. ■ CARLOS GONZALEZ.

(5) ALLEN, R. & GARDNER, BEATRICE: «Teaching sign language to a chimpanzee». Science, vol. 165 (1969), páginas 664-672.

